

La Océania Española.

Año X.

Redacción y Administración, calle Real de Manila número 30. La correspondencia, al Director D. José Felipe del Pan, ó al Administrador D. Joaquín Lafont. No se devuelven originales recibidos. Vendrán firmados aunque la firma no deba publicarse.

Manila. — Jueves 27 de Mayo de 1886.

Suscripción.—En Manila, un peso al mes. En Provincias, 9 rs. fts. Avuáticos.—Frentes, 4 8 cts. Usos. Los de la cuarta plana, 4 5 cuartos.—Comunicados y Mortuorias: precios convencionales. El suscriptor tiene derecho á 20 líneas de anuncios al mes.

Núm. 120.

VAPORES

DE LA
COMPANIA TRASATLANTICA
(antes A. Lopez y C.a)
REPRESENTADA POR LA
COMPANIA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS.
El vapor
ISLA DE PANAY
SU CAPITAN BOLLEGUI.
Saldrá en la segunda quincena de Junio próximo, para Liverpool y Barcelona con escalas en Cartagena, Cádiz, Vigo y Coruña.
Admite carga y pasaje.
El día de la salida estará en el muelle de los de Cavite un vaporcito para conducir el pasaje á bordo.
Rebaja y buen alojamiento para familias.
Se espiden billetes de pasajes de la Península á esta capital.
Se admiten seguros sobre embarques en el mismo vapor.
ADMINISTRACION CARVALLO 2.

BAZAR FILIPINO.

Ya queda instalado en su nuevo local núm. 31 Escolta, esquina de San Jacinto, donde sus numerosos favorecedores encontrarán un surtido enteramente nuevo de los mismos efectos que solian espenderse en el establecimiento antiguo.

China and Manila Steam Ship Company, Ltd.

VAPOR ZAFIRO.

Saldrá para Hong-kong y Emuy, el jueves 27 del actual, á las cuatro de la tarde.
Para carga y pasaje acídase á Peele, Hubbell y comp. Agentes.

Vapor DON JUAN.

Se espera el viernes 28 del actual, y será despachado á la mayor brevedad, para Hong-kong y Emuy.
Admite carga y pasaje.
F. L. Roxas.

Para Iloilo y Cebú.

Saldrá el vapor ORDOÑEZ, el sábado 29 del actual, á las dos de la tarde.
Para carga y pasaje.
N. Font.

Para Iloilo y Cebú.

El vapor REMUS saldrá para dichos puntos el sábado 29 del actual, á las diez de la mañana.
Para carga y pasaje acídase á Mactled y comp.

IMPRESA Y LITOGRAFIA

de
M. PEREZ, HIJO.
Tarjetas de visita litografiadas y al minuto.
ph San Jacinto, 42, (Binondo).

Vapor CASTELLANO.

Saldrá para Daguapan, el jueves 27 del corriente, á las siete de la mañana.
Admite carga y pasaje.
Larrinaga y Echeita.

42-S. JACINTO-42

Cromos propios para colección y de última novedad.
Litografía de M. Perez, hijo.
San Jacinto, 42. ph

AMBROSIO SAN JUAN Y PORTA, PROCURADOR.

Ofrece sus servicios al público.
jd Isla del Romero núm. 14. ph

Nueva novela histórica.

Diez millones de pesos ó el Tesoro de Marianas.
En el mismo tomito se encuentra esta otra, también histórica: *Reveria increíble entre un santo Prelado y el sobrino del Alcalde Ronquillo.*
Véndese á 2 reales en la "Librería Universal," calle Real, y en la Administración de *La Océania Española* la regalan á los suscritores al mismo periódico que paguen dos meses adelantados.

D. E. Mendiola y Victorino,

Profesor de 2.a enseñanza.
Ofrece al público su casa-escuela en Santa Cruz calle Enrile núm. 15. Se admite gratis á los pobres. p9

PAPEL LEGITIMO

paja de arroz para cigarrillos cortado á gusto de los aficionados.
Litografía de M. Perez, hijo.
San Jacinto, 42, (Binondo) ph

Domicilio y bufete.

Trasladando el que suscribe (Abogado) los suvos del 15 al 20 de este mes á intramuros calle de Palacio núm. 37, desde luego tiene el gusto de ofrecerlos á sus amigos y clientes.
ph 21 José L. Palma.

FELIX ULLMANN

7-CALLE ANLOAGUE-7.

RAMO DE RELOJERIA PLATA Y NIKEL.

Relojes de plata legítimos de Losada de Londres con sus correspondientes certificados firmados pp. J. R. Losada.—El Riego ... \$ 22'50
Relojes de plata superiores de Thos Russell & son de Liverpool desde ... 30'00
Relojes de plata remon-toir con garantía desde ... 9'00
Relojes de níquel ... 2'75
Relojes de níquel con garantía ... 3'75
Relojes de níquel superior ... 5'00
pdmjh

A. MONASTERIO, MEDICO.

Se ha trasladado á la calle de Magallanes 32. pmjh

BAZAR de la Bota de Oro.

Se ha trasladado á la calle Real (Manila) contiguo al almacén "La Confianza."
JOSE BERMUDEZ.

TABACO RAMA del 84.

Isabela (Echague) de las clases de 1.a, 2.a, 3.a, y 4.a, se vende al por mayor y menor; Fonda de Europa, Escolta. h

Se vende

Un magnífico caballo, joven, sin defectos, dedicado á la silla y carrera, su precio arreglado. En la botica de la calle Real de la Ermita: darán razon. h

Se vende

una carrozma recién construída, calle Real de la Ermita, 2.a casa después de la iglesia daré razon. 3

Cemento de superior calidad.

Sosa cáustica. 2.p6
Venden
Rosario 24. C. HEINSZEN Y C.a

Al público en general y á mis amigos en particular, participo que desde la fecha tengo abierta una casa de huéspedes y almacén de efectos de Europa titulada **LA AMISTAD** en donde encontrarán artículos garantizados en el almacén y aseo, buena comida y economía en los precios en la fonda.

SAN FERNANDO 7.

Manila 22 de Mayo de 1886.
EUSEBIO SOLA.

CANTON INSURANCE OFFICE LIMITED.

Compañía de Seguros Marítimos.
Los que suscriben, agentes de dicha Compañía, tienen el gusto de participar que, según acuerdo de la misma, ha sido fijada interinamente una bonificación de 20% sobre las cantidades satisfechas durante el año 1885, haciéndolo público para satisfacción de los interesados.
SMITH, BELL Y C.a

Calendario Y PARTE RELIGIOSA.

Mayo, tiene 31 días.

Santo del día.
JUEVES.—San Juan papa mc., Sta. María Magdalena de Pazzi vg.

Santo de mañana.
VIERNES.—San Emilio mártir, San Justo y San German obispos confesores.

Parte Militar.

GOBIERNO MILITAR.

Servicio de la plaza para el 27 de Mayo de 1886.
PARADA. Los cuerpos de la guarnición.—Vigilancia, los mismos.—JEFE DE DIA.—El Comandante D. Tomás García Romero.—DE IMAGINARIA.—El Coronel D. Luis Valderrama.
HOSPITAL Y PROVISIONES, núm. 7.—PASO DE ENFERMOS. Artillería.—BACONOCIMIENTO DE CALZES, Caballería.—MUSICA EN LA LUNETTA, núm. 6.
De órden del Excmo. Sr. General Gobernador Militar.—El C. T. Coronel, Sargento mayor interino, José Prego.

GOBIERNO MILITAR DE LA PLAZA DE MANILA.

Manila 26 de Mayo de 1886.
Debiendo dedicarse el día 27 del actual y sucesivos al foguear de caballos del Escuadron de Caballería de Filipinas, dentro de su cuartel de doce á doce y media de sus mañanas y en el campo de Sta. Lucía, de toda la fuerza del mismo de cinco y media á seis y media también de sus mañanas; se hace saber para evitar accidentes desagradables.
De órden de S. E.—El C. T. C. Sargento mayor interino, José Prego. 3

Agenda.

CORREOS.

ADMINISTRACION GENERAL DE CORREOS.
Por el vapor *Castellano*, que saldrá para Daguapan y Legaspi el 27 del actual á las ocho de la mañana, se remitirá á las diez de la noche del 26 la correspondencia que haya para dichos puntos, Pangasinan, ambos Ilocos, Abra, Lepanto, Bontoc, Trinidad y Union.
—Por el vapor inglés *Zafiro*, que ha trasladado su salida al 27 del actual á las cuatro de la tarde para Hong-kong y Emuy, se remitirá á las dos de la mañana la correspondencia que haya para dichos puntos, la Mala del Pacifico y Europa via Brindisi.
Manila 25 de Mayo de 1886.—Teodoro Robles.

Por el vapor *Servantes*, que ha trasladado su salida para Iloilo el 27 del actual á las dos de la tarde, está Central remitirá á las doce del día la correspondencia que hubiere para dichos puntos Cápiz, Antique, Isla de Negros y Concepcion.
—Por el bergantin-goleta *Lily*, que saldrá para Tacloban el 28 del actual á las doce del día, se remite la correspondencia que haya para dicho punto á las diez de la mañana.
Manila 26 de Mayo de 1886.—P. O., R. Bonhiver.

Correos de hoy. Para Bulacan y Nueva Ecija, á las ocho de la mañana; para Cavite, á las dos de la tarde y diez de la noche; para los pueblos de Manila y Morong, á las cuatro de la tarde; para Batangas, Mindoro, Laguna, Tayabas, San Pedro Tunasan, Albay, ambos Camarines, Infanta, Pangasinan, ambos Ilocos, Cagayan, Isabela, Union, Lepanto, Abra, Bontoc, Trinidad, Tiagan, Benguet, Nueva Vizcaya y Distrito del Príncipe, á las ocho de la noche.

Correos de mañana. Para Bulacan y Nueva Ecija, á las ocho de la mañana; para Cavite, á las dos de la tarde y diez de la noche; para los pueblos de Manila y Morong, á las cuatro de la tarde; para Batangas, Mindoro, Cagayan, Isabela, Union, Lepanto, Abra, Bontoc, Trinidad, Tiagan, Benguet, Nueva Vizcaya y Distrito del Príncipe, á las diez de la noche.

EXPORTACION.

SALVADORA, PARA SINGAPORE.
Manuel Conling.—6167 kgs. almáciga, 1613 cueros de vaca.
A. Germann y comp.—144 kgs. tabaco elaborado.
J. Gore Booth y comp.—333 kgs. tabaco elaborado.
Joaquín Sta. Marina.—161 kgs. tabaco elaborado.
R. Aenlle.—344 kgs. tabaco elaborado.
Tang-Cheng-Bing.—696 kgs. cueros de cabra, 5376 kgs. añil tintaron, 15 033 kgs. almáciga, 11,891 kgs. carne de coco seco.
Co-Cao.—725 tabaco elaborado.
Vy-Jap-co.—2973 kgs. almáciga, 500 mangas para comer, 7 kgs. tabaco elaborado.
A. M. Tilianco.—300 kgs. tabaco elaborado.

B. Suhm y comp.—12 kgs. esencia de ilang-ilang. Gsell y comp.—1102 kgs. tabaco elaborado. Po-Gu-Yao.—3355 kgs. coco seco, 5418 kgs. café negro, 1071 kgs. fécula de abacá. Yap-Joa.—759 kgs. concha, 506 kgs. sebo, 1265 kgs. café, 506 kgs. cueros de vaca. Antonio Angulo.—120 kgs. tabaco elaborado.

MOVIMIENTO DEL PUERTO.

SALIDAS DE ALTA MAR.
Para Estados Unidos via Cebú, frag. americana "Thomas Davis" en lastre.
Para Singapore, vapor-correo "Salvadora" con general.
SALIDAS DE CABOTAJE.
Para Cebú y Surigao, v. "Zeolus."

LOS JUEVES DE LA OCEANIA.

27—MAYO—86.
MANILA

Pasaron las fiestas.
Porque es sabido, que en el mundo todo pasa... menos la moneda del cuento, y los *infundios* literarios de ciertos escritores, del ramo de *notabilidades inéditas*.

¡Todo, sí; todo tiene término!
Escepcion hecha del adquirente de Santa Cruz.
Después de esto, no sé si me atreva á declarar que las tales fiestas, si han sido reales por su objeto, no han logrado serlo por su forma.
Si señor; yo seré muy orgulloso, y muy envidioso, y muy amigo de *ponerme moños*, pero no por eso me probarán Vds. que los festejos han pasado de lo vulgar y corriente en este país.
Bien sé que el tiempo era poco, y el dinero escaso; y que el municipio ha hecho todo lo posible.
Pero consignado esto, y salvando la buena voluntad de los organizadores del programa, creo lícito asegurar que los regocijos públicos destinados á celebrar el fausto acontecimiento cuya noticia transmitió el cable, no han satisfecho el objeto perseguido.
Músicas, luminarias, fuegos de artifició, pagodas y cueñas.
Lo que vemos aquí cada lunes, y cada martes.
Hay que convencerse de que en Manila estamos mal de ciertos elementos necesarios á la brillantez y esplendor de las grandes solemnidades.
De lo único que estamos bien es de faroles.

Más de dos mil había estas noches en la Luneta.
¡Y qué cuadro tan conmovedor el del aristocrático paseo, durante la representación ofrecida gratuitamente en el campo de Bagumbayan!
Vea V., D. Alejandro; vea V. como la gente ha perdido el miedo al relente, y á la humedad, y á las tronadas.
En noches mejores que aquella, ha tenido el simpático empresario que arriar la bandera en el calle de San Roque, á causa del mal tiempo.
Pero el sábado los honrados vecinos de Manila, sin temor á las reumas, ni á las perniciosas, ni á los rayos que cruzaban por el horizonte, permanecieron tres horas con la boca abierta, celebrando las agudezas de las simpáticas *Señoritas de Conil*.
De lo cual deduzco yo, que lo que aquí cuidamos mucho, no es la persona, sino el bolsillo.
También acudió mucha gente á la fiesta organizada por la Junta de Obras del Puerto.

De hoy más no podrán decir los viajeros escritores que el suelo de Filipinas no se ha estremecido todavía á impulsos de la locomotora.

Y aquí he de apuntar una observación que pueden recoger los que se dedican á estudiar el carácter del indígena. Cuando en Europa se abrieron las grandes vías destinadas á la rápida comunicación de los pueblos, el paso de los primeros trenes fué saludado en todas partes con gritos de asombro y extrañeza. Los campesinos no daban crédito á lo que veían, y pasaron muchos años antes de que las gentes sencillas se convencieran de que para nada intervenía el diablo en tales industrias. Aquí, la aparición de la locomotora apenas si ha despertado en el pueblo más que una curiosidad poco manifiesta. Otra observación.
Según me asegura persona de gran autoridad en la materia, entre los brindis pronunciados en la tarde del domingo, hubo algunos elocuentísimos y dignos de encomio.
Por cierto que ha extrañado la sobriedad mostrada por la prensa al dar noticia del discurso (que tal puede llamarse) de una persona respetable.

En Manila donde por cualquier nadería, se agotan las frases más encomiásticas del diccionario, no parece natural ese olvido cuando se trata de un hombre de valer, que goza en España envidiable renombre, como orador, y cuyos discursos han merecido siempre elogios y aplausos. Aquí, *détail á noter* ni siquiera se han atrevido á llamarle elocuente. ¡Cosas de Filipinas!
La fiesta nocturna en el Pasig, maravillosa, indescriptible, sin igual.
Es la única que yo no borraría jamás del programa de los festejos.
Ya lo dije el año pasado: el espectáculo del gran río, surcado por esas fantásticas embarcaciones que semejan una cascada de luces y colores, no tiene nada que envidiar á los que se ofrecen á los ojos del viajero en las fiestas de los jardines parisienses, los lagos de Venecia, y la Alhambra de Granada.
La recepción en Malacañang brillante, severa, y realzada por cuanto notable encierra la ciudad.
Crean algunos que esas reuniones debieran ofrecer mayores atractivos á la juventud alegre y bulliciosa.
Yo entiendo que deben ser lo que fué la del domingo.
La hermosura, la elegancia, la discreción y el buen tono, reinaron durante tres horas en los salones de Malacañang. Fué, pues, la velada, agradabilísima, y de ella conservarán todos grato recuerdo.
De la fiesta de Paco.....
Corramos un velo sobre la fiesta de Paco.
Unicamente me permitiré decir á D. Federico que después del anuncio de la corrida ofrecida por el municipio, en que se califican de toros los despreciables engendros de ciertas ganaderías, hay que suprimir los toreros, y con perfecto derecho anunciar corridas, no de toros, sino de elefantes.
Hasta aquí los festejos pasados. Quedan otros por venir.
Entre ellos un certamen musical, convocado por el Sr. Saco del Valle, diligetísimo editor y buen crítico, que ha dado una prueba de su entusiasmo artístico, al llevar á la práctica ese proyecto, digno de aplauso.
Hay además otra fiesta en embrión. Se trata de una corrida de novillos, en que los *espadas* serán designados por el voto de los socios de la *Taurina*. La idea tiene gracia.
En España proyectaban votar la candidatura de *Masanini*, para que éste ocupase un lugar en el Congreso.
En Manila se puede dar el caso de que salga elegido *espada* uno de los

que hayan tomado asiento en el Palacio de la representación nacional. Allí harían diputado á un torero. Aquí haríamos torero á un diputado. Por algo dicen que éste es el país de los vice-versas.
ASTOLL

CRISIS DE UN CARACTER

(Parodia de P. Hervieu.)
Serían las seis de una espléndida tarde de primavera, cuando encontré á mi amigo Antonio en la calle del Arenal.
Ibamos en direcciones opuestas: él, hacia la plaza de Oriente; yo seguía la corriente del *todo Madrid*, que al final de las calles de Alcalá, San Gerónimo y Atocha se ramifica, según la moda, con direcciones al Prado, al Retiro, á Recoletos, al Botánico y por otros sitios de aquella parte de la capital.
Enfocé mi brazo al de Antonio, en ademán de llevarle por mi camino. El me dijo, con acento de convicción:
—¡Ira contigo gustosísimo, pero me conviene sepas, antes, que yo fundo un goce particular en el paseo que había proyectado y que tal vez no te disguste tampoco, siquiera por la novedad que tendrá para tí, hombre sumiso á los mandatos de la moda.
—¿Y á dónde me llevarás, Antonio?
—El caso es que no lo sé á punto fijo: depende de instintos y emociones en cada punto de escala. ¿Quieres venir?
—Vamos, pues;—y distraídos en animada conversación, llegamos á la plaza de Oriente, donde jugaba la turba infantil alrededor de la verja que encierra el parterre en que está la bella estatua ecuestre de Felipe IV.
La alfluencia ya era grande, pero la de siempre en aquel sitio: niños elegantemente ataviados, bonitas niñas, algunos pollos y sargentos.
Antonio se sentó en un banco y me indicó lo hiciera yo á su lado.
—Pero, Antonio de mis pecados!—le dije—eso traspasa los límites de la extravagancia. ¿Qué dirán las personas que nos vean?
—Deja que digan, que no será ninguna atrocidad. Mi conciencia está tranquila porque me detengo un rato á ver los seres que me son más simpáticos en este mundo, y me tiene sin cuidado el que alguien crea que vengo á decir chicheos á niñas. Y á propósito; mirándolas, puedes pasar entretenido unos momentos, tu que eres mundano hasta la médula de los huesos. Pronto nos iremos de aquí.
De las niñas que allí saltaban se llegaron algunas muy contentas á Antonio así que le vieron, dándole la mano y saludándole con la gracia que saben hacerlo los niños de Madrid.
Dimos una vuelta alrededor del parterre, y durante ella, acarició Antonio á algunos niños, que parecían conocerle y ser de su gusto la atención. Seguimos después hacia San Antonio de la Florida.
—Pero ¡qué paseos tan estrafalarios te agradan, Antonio!
—Es la verdad, bajo tu punto de vista de hombre amanerado, que en los suyos busca solo ocasión de ver mucha jente, ataviada toda con tal igualdad que parece se viste por contrato; que se apaña y empuja en algunos sitios, porque así es la moda, y que pierde todas las ventajas que hacen agradable y sano tal esparcimiento y ejercicio físico. Yo necesito horizonte, terreno accidentado, naturaleza variada, y hasta en la jente me molesta observar la desesperante uniformidad que ostenta en todas sus esterioridades nuestra sociedad que se llama á sí misma escogida, aunque entre ella hay tanto vulgo vestido de limpio.
—Bueno, hombre, bueno. Debo confesar que la razón fría está de tu parte en este asunto; lo que no me explico tan fácilmente es tu pasión por los niños, que todos tus amigos conocen; á no ser que seas de la opinión de aquel sábio que creía á la sociedad compuesta de niños grandes y te propongas estudiarla en germen, en los niños pequeños.
—No soy tan sábio como todo eso. Es otra cosa. Hace algunos años, principié casi maquinalmente á amar los niños, como quien paga una deuda: mis ideas se hicieron costumbre, y en verdad que en ninguna parte me encuentro mejor que entre niños, desde que creo co-

nocer algo del mundo.
—¿Qué quiere decir eso de pagar una deuda á los niños?
—Es una pequeña historia que te fastidiaría.
—De ninguna manera, y en este momento me ofrece la distracción que no me proporcionan ni esas colinas, ni ese arbolado, ni esos grupos de jente del pueblo, ni ese horizonte, ni la Puerta del Sol, ni la grandiosa silueta del Guadarrama, ni los idios campesinos, ni aun los corcos de niñas que para tí revisten infinito encanto. Vamos, dime esa historia, que acaso algo aprenda yo en ella. Has excitado mi curiosidad de profano ó mundano, como tú me llamas.
Y Antonio contó lo que sigue:
*
Hijo único y huérfano de padre, desde la primera edad, fué educado por mi madre, santa mujer en la cual solo se notaba la vida del sentimiento, y por una tia, mujer á la moda, elegante entre las elegantes. Agrega á esto nuestros recursos, más que suficientes para vivir, hasta con lujo relativo, en Madrid, y no te costará mucho el aceptar que yo era un pequeño príncipe, en cuanto á mimo y cuidados.
De tal modo se gobernaron aquellas dos benditas mujeres, que no se podía encontrar niño más voluntarioso, ni vano, ni petulante, ni orgulloso que yo, hasta que pasé los primeros años de colegio donde me hice un poco cauto acerca de explosiones de orgullo. La sociedad de los niños en establecimientos de instrucción es esencialmente democrática, á lo yankee: los buenos pufios son el primer título á la respetabilidad, sin que falten las coaliciones contra el abuso; después vienen las condiciones del carácter y otros méritos.
Tal vez las pocas simpatías que me rodeaban en el colegio, sirvieron á afirmar mi ojeriza anterior contra todos los niños de mi edad ó más pequeños. Parecía instintiva tan singular repulsion, que se arraigó lastimosamente durante muchos años.
Mi elegante tia, entre muchos resabios que la deo, infiltró en mí, con sus lecciones y ejemplos, una extraña teoría social, que si ordinariamente servía para apreciarlo todo por un prisma falso, creo que en muchas ocasiones ocupó el vacío de mis solitarias virtudes.
Para ella, todo, personas y cosas, hechos y opiniones, trato social y cuanto ocupa la imaginación y los sentidos, se clasificaba así: correcto, elegante, ó por el contrario: incorrecto, cursi, apuesto. Tal era la gradación de su uso y que yo aprendí desde niño para calificar cuanto me rodeaba. La elegancia era la perfección de las perfecciones, y yo fué elegante por convencimiento y por dotado de las facultades para ello requeridas, figura, trato social, buen saetre, gustos, etc.
A tal punto llevaba yo mi sistema, que, estudiando leyes, hubo peligro alguna vez de perder curso, siendo un estudiante modelo por asiduidad y atención, es decir: correcto; pero haciendo hasta lo increíble para que en exámenes no me aplicaran la nota de *sobresaliente*, que me parecía el colmo de lo cursi. ¡La obtenían tantos desgraciados no presentables en buena sociedad!
Ello es, que en tal atmósfera y con tales ideas, me hice hombre y sostuve regular papel entre la mejor sociedad de Madrid hasta pasados los veintisiete años, en que se apoderó de mí una enfermedad rara.
¿De qué provinó? Mucho he escudriñado mi conciencia desde entonces, y he llegado á pensar si el germen estaría en mil pequeñas contrariedades que nada valdrían para otros y yo tomaba á pecho, y hasta en un ruin sentimiento de envidia ante las frecuentes ocasiones que me presentaban de reconocer que los había más elegantes, y por sus títulos y riquezas, luciendo siempre como astros de primera magnitud, sin poder yo competir con ellos á no arrostrar el peligro de que me llamarán cursi.
Mi enfermedad consistía en una sobrescritación nerviosa é irritabilidad de carácter que nadie me podía tolerar ni yo mismo me resistía, perdiendo el apetito y huyendo del trato de gentes.
Algunos meses pasé de esta manera, encerrado en mi habitación, pálido, demacrado y siendo motivo de seria alarma para mi madre.
Iban médicos á verme, y yo los des-

pedía, mal humorado, diciéndoles que nada me dolía. Tuieron junta y le dijeron á mi madre que era absolutamente preciso cambiase yo de aires algún tiempo, siendo indiferente el punto á que me ocurriera ir, pues de lo contrario, estaba amagado de una intericia ó otra grave enfermedad.
No pude resistir los ruegos de mi madre, y neguémele á toda compañía, salí un día de casa con poco equipaje, algunos libros y periódicos, decidido á tomar el ferro-carril de Valencia.
*
—¡Qué bien estoy así!—Me decía yo metido en un coche de primera, medio minuto antes de salir el tren y creyendo viajaría solo.
Pedía á Dios de todo corazón abreviase aquellos instantes para que no entrasen algún importuno.
Sonó la campana, hizo oír la máquina su estridente alarido, y ya me creía feliz, cuando he aquí que veo corriendo en dirección al tren, y gritando desahogado, varias personas, entre ellas algunas mujeres y dos hombres, que hacían la más grotesca figura con sus movimientos.
Contra lo que era de esperar, les atendieron, y un mozo de estación abrió la portezuela del coche en que yo estaba y allí metió, casi á empujones, la inesperada irrupción, poniéndome de un humor de todos los diablos.
En medio de una algarabía infernal se acomodan como pueden, molestándose sin el menor miramiento. Yo, colocado en un rincón, y con mal comprimida cólera, los dejaba hacer. ¡Qué turbal! ¡Adios mi viaje de recreo y mi querida soledad!
Como primera venganza pasé revista á aquella colección de cursis.
Parecían girar todos alrededor de un monigote chillón y fastidioso, de unos tres años de edad, que tenía en brazos una niñera alegre y rolliza, la cual recibía órdenes y sobrepasaba el celo acariciador de una mamá vestida con lujo aunque sin gusto, de fisonomía vulgar por sus mejillas coloradas y respingada nariz; una pareja de abuelos aun sanotes y el papá de la criatura, tipo sin distinción como todos los demás, completaban el grupo que me habían metido en el coche.
El chiquillo lloraba. Aflicción en toda la tribu. La madre que parecía condenar el entendimiento de todos, decidió que el bebé tenía sueño porque había madrugado. Le acarició diciéndole: *nene rorri*; y el pequeño se acostó y cerró los ojos. Enseguida se estableció un silencio religioso, y la misma madre bajó las cortinillas de ambas ventanas y estableció una semi-obscuridad que me privó de seguir leyendo mi periódico.
Yo trataba.
—¡Qué imbéciles!—me decía:—habían á ese chiquillo como pudieran hacerlo á un gato y no me dejan leer.
Los hubiera arrojado á todos con gusto á la vía; pero no era correcto manifestar mi mal humor á gentes que yo calificaba de ordinarias, y menos perturbando el descanso de un niño.
Creo que me faltaba poco para llorar de rabia, porque mis nervios habían llegado el máximo de tensión posible. Ya mi esperanza de salvación se cifraba solo en dejar aquel maldito coche en la ocasión primera. ¡Qué pesados se me hacían los minutos!
Pocos pasaron: el tren se detiene, y gritan los mozos de estación: ¡Aranjuez! —¡Gracias á Dios!—exclamé lanzándome como un cohete por la portezuela, dando respaldos y echando á correr como si un toro me persiguiera. Me dirigí á los jardines para gozar un poco de soledad.
No habían pasado cinco minutos, y oigo detrás de mí la algarazca que hacía la odiosa tribu, y me lancé á la espesura para huir de lo que ya iba creyendo persecución.
*
Allí pasé ungs tres cuartos de hora, al cabo de los cuales me ocurrió ir á una fonda á almorzar y esperar el tren de la tarde, en el cual seguiría mi viaje á Valencia. Me dirigía haciendo un rodeo por la frondosa alameda á la puerta, cuando oigo gritos lastimeros.
Apresuro el paso, y cerca ya de la salida de los jardines, en la última calle de árboles, una señora corre hacia mí llorosa, con semblante descompostado y tal angustia pintada en él, que me causó profunda emoción.

que me llamaban cursi.
Mi enfermedad consistía en una sobrescritación nerviosa é irritabilidad de carácter que nadie me podía tolerar ni yo mismo me resistía, perdiendo el apetito y huyendo del trato de gentes.
Algunos meses pasé de esta manera, encerrado en mi habitación, pálido, demacrado y siendo motivo de seria alarma para mi madre.
Iban médicos á verme, y yo los des-

pedía, mal humorado, diciéndoles que nada me dolía. Tuieron junta y le dijeron á mi madre que era absolutamente preciso cambiase yo de aires algún tiempo, siendo indiferente el punto á que me ocurriera ir, pues de lo contrario, estaba amagado de una intericia ó otra grave enfermedad.
No pude resistir los ruegos de mi madre, y neguémele á toda compañía, salí un día de casa con poco equipaje, algunos libros y periódicos, decidido á tomar el ferro-carril de Valencia.
*
—¡Qué bien estoy así!—Me decía yo metido en un coche de primera, medio minuto antes de salir el tren y creyendo viajaría solo.
Pedía á Dios de todo corazón abreviase aquellos instantes para que no entrasen algún importuno.
Sonó la campana, hizo oír la máquina su estridente alarido, y ya me creía feliz, cuando he aquí que veo corriendo en dirección al tren, y gritando desahogado, varias personas, entre ellas algunas mujeres y dos hombres, que hacían la más grotesca figura con sus movimientos.
Contra lo que era de esperar, les atendieron, y un mozo de estación abrió la portezuela del coche en que yo estaba y allí metió, casi á empujones, la inesperada irrupción, poniéndome de un humor de todos los diablos.
En medio de una algarabía infernal se acomodan como pueden, molestándose sin el menor miramiento. Yo, colocado en un rincón, y con mal comprimida cólera, los dejaba hacer. ¡Qué turbal! ¡Adios mi viaje de recreo y mi querida soledad!
Como primera venganza pasé revista á aquella colección de cursis.
Parecían girar todos alrededor de un monigote chillón y fastidioso, de unos tres años de edad, que tenía en brazos una niñera alegre y rolliza, la cual recibía órdenes y sobrepasaba el celo acariciador de una mamá vestida con lujo aunque sin gusto, de fisonomía vulgar por sus mejillas coloradas y respingada nariz; una pareja de abuelos aun sanotes y el papá de la criatura, tipo sin distinción como todos los demás, completaban el grupo que me habían metido en el coche.
El chiquillo lloraba. Aflicción en toda la tribu. La madre que parecía condenar el entendimiento de todos, decidió que el bebé tenía sueño porque había madrugado. Le acarició diciéndole: *nene rorri*; y el pequeño se acostó y cerró los ojos. Enseguida se estableció un silencio religioso, y la misma madre bajó las cortinillas de ambas ventanas y estableció una semi-obscuridad que me privó de seguir leyendo mi periódico.
Yo trataba.
—¡Qué imbéciles!—me decía:—habían á ese chiquillo como pudieran hacerlo á un gato y no me dejan leer.
Los hubiera arrojado á todos con gusto á la vía; pero no era correcto manifestar mi mal humor á gentes que yo calificaba de ordinarias, y menos perturbando el descanso de un niño.
Creo que me faltaba poco para llorar de rabia, porque mis nervios habían llegado el máximo de tensión posible. Ya mi esperanza de salvación se cifraba solo en dejar aquel maldito coche en la ocasión primera. ¡Qué pesados se me hacían los minutos!
Pocos pasaron: el tren se detiene, y gritan los mozos de estación: ¡Aranjuez! —¡Gracias á Dios!—exclamé lanzándome como un cohete por la portezuela, dando respaldos y echando á correr como si un toro me persiguiera. Me dirigí á los jardines para gozar un poco de soledad.
No habían pasado cinco minutos, y oigo detrás de mí la algarazca que hacía la odiosa tribu, y me lancé á la espesura para huir de lo que ya iba creyendo persecución.
*
Allí pasé ungs tres cuartos de hora, al cabo de los cuales me ocurrió ir á una fonda á almorzar y esperar el tren de la tarde, en el cual seguiría mi viaje á Valencia. Me dirigía haciendo un rodeo por la frondosa alameda á la puerta, cuando oigo gritos lastimeros.
Apresuro el paso, y cerca ya de la salida de los jardines, en la última calle de árboles, una señora corre hacia mí llorosa, con semblante descompostado y tal angustia pintada en él, que me causó profunda emoción.

que me llamaban cursi.
Mi enfermedad consistía en una sobrescritación nerviosa é irritabilidad de carácter que nadie me podía tolerar ni yo mismo me resistía, perdiendo el apetito y huyendo del trato de gentes.
Algunos meses pasé de esta manera, encerrado en mi habitación, pálido, demacrado y siendo motivo de seria alarma para mi madre.
Iban médicos á verme, y yo los des-

pedía, mal humorado, diciéndoles que nada me dolía. Tuieron junta y le dijeron á mi madre que era absolutamente preciso cambiase yo de aires algún tiempo, siendo indiferente el punto á que me ocurriera ir, pues de lo contrario, estaba amagado de una intericia ó otra grave enfermedad.
No pude resistir los ruegos de mi madre, y neguémele á toda compañía, salí un día de casa con poco equipaje, algunos libros y periódicos, decidido á tomar el ferro-carril de Valencia.
*
—¡Qué bien estoy así!—Me decía yo metido en un coche de primera, medio minuto antes de salir el tren y creyendo viajaría solo.
Pedía á Dios de todo corazón abreviase aquellos instantes para que no entrasen algún importuno.
Sonó la campana, hizo oír la máquina su estridente alarido, y ya me creía feliz, cuando he aquí que veo corriendo en dirección al tren, y gritando desahogado, varias personas, entre ellas algunas mujeres y dos hombres, que hacían la más grotesca figura con sus movimientos.
Contra lo que era de esperar, les atendieron, y un mozo de estación abrió la portezuela del coche en que yo estaba y allí metió, casi á empujones, la inesperada irrupción, poniéndome de un humor de todos los diablos.
En medio de una algarabía infernal se acomodan como pueden, molestándose sin el menor miramiento. Yo, colocado en un rincón, y con mal comprimida cólera, los dejaba hacer. ¡Qué turbal! ¡Adios mi viaje de recreo y mi querida soledad!
Como primera venganza pasé revista á aquella colección de cursis.
Parecían girar todos alrededor de un monigote chillón y fastidioso, de unos tres años de edad, que tenía en brazos una niñera alegre y rolliza, la cual recibía órdenes y sobrepasaba el celo acariciador de una mamá vestida con lujo aunque sin gusto, de fisonomía vulgar por sus mejillas coloradas y respingada nariz; una pareja de abuelos aun sanotes y el papá de la criatura, tipo sin distinción como todos los demás, completaban el grupo que me habían metido en el coche.
El chiquillo lloraba. Aflicción en toda la tribu. La madre que parecía condenar el entendimiento de todos, decidió que el bebé tenía sueño porque había madrugado. Le acarició diciéndole: *nene rorri*; y el pequeño se acostó y cerró los ojos. Enseguida se estableció un silencio religioso, y la misma madre bajó las cortinillas de ambas ventanas y estableció una semi-obscuridad que me privó de seguir leyendo mi periódico.
Yo trataba.
—¡Qué imbéciles!—me decía:—habían á ese chiquillo como pudieran hacerlo á un gato y no me dejan leer.
Los hubiera arrojado á todos con gusto á la vía; pero no era correcto manifestar mi mal humor á gentes que yo calificaba de ordinarias, y menos perturbando el descanso de un niño.
Creo que me faltaba poco para llorar de rabia, porque mis nervios habían llegado el máximo de tensión posible. Ya mi esperanza de salvación se cifraba solo en dejar aquel maldito coche en la ocasión primera. ¡Qué pesados se me hacían los minutos!
Pocos pasaron: el tren se detiene, y gritan los mozos de estación: ¡Aranjuez! —¡Gracias á Dios!—exclamé lanzándome como un cohete por la portezuela, dando respaldos y echando á correr como si un toro me persiguiera. Me dirigí á los jardines para gozar un poco de soledad.
No habían pasado cinco minutos, y oigo detrás de mí la algarazca que hacía la odiosa tribu, y me lancé á la espesura para huir de lo que ya iba creyendo persecución.
*
Allí pasé ungs tres cuartos de hora, al cabo de los cuales me ocurrió ir á una fonda á almorzar y esperar el tren de la tarde, en el cual seguiría mi viaje á Valencia. Me dirigía haciendo un rodeo por la frondosa alameda á la puerta, cuando oigo gritos lastimeros.
Apresuro el paso, y cerca ya de la salida de los jardines, en la última calle de árboles, una señora corre hacia mí llorosa, con semblante descompostado y tal angustia pintada en él, que me causó profunda emoción.

que me llamaban cursi.
Mi enfermedad consistía en una sobrescritación nerviosa é irritabilidad de carácter que nadie me podía tolerar ni yo mismo me resistía, perdiendo el apetito y huyendo del trato de gentes.
Algunos meses pasé de esta manera, encerrado en mi habitación, pálido, demacrado y siendo motivo de seria alarma para mi madre.
Iban médicos á verme, y yo los des-

pedía, mal humorado, diciéndoles que nada me dolía. Tuieron junta y le dijeron á mi madre que era absolutamente preciso cambiase yo de aires algún tiempo, siendo indiferente el punto á que me ocurriera ir, pues de lo contrario, estaba amagado de una intericia ó otra grave enfermedad.
No pude resistir los ruegos de mi madre, y neguémele á toda compañía, salí un día de casa con poco equipaje, algunos libros y periódicos, decidido á tomar el ferro-carril de Valencia.
*
—¡Qué bien estoy así!—Me decía yo metido en un coche de primera, medio minuto antes de salir el tren y creyendo viajaría solo.
Pedía á Dios de todo corazón abreviase aquellos instantes para que no entrasen algún importuno.
Sonó la campana, hizo oír la máquina su estridente alar

—Oh, caballero ¡por amor de Dios!
¡Mi niño!—me decía con sus manos jun-
tas y vertiendo lágrimas abundantes.

Repárese bien en ella y reconozca á
mi compañera de viaje, pero ya no veo
en ella la fisonomía vulgar, que me inspi-
raba antes disgusto, sino la expresión
del dolor tan sincera y hasta hermosa,
que me quedé como estático.

—¿Su niño de V.!? ¿Qué le pasa al
angelito?

—¿Se ha perdido?—Exclamaba ella re-
torciendo sus brazos.—Aquí estaba en-
tre nosotros andando por el césped, y
ha desaparecido repentinamente.

—¿Que se ha perdido? Eso parece im-
posible, señora: tranquilícese V. y bus-
quemos al niño—y diciendo esto, corrió
al lado de ella en una y otra dirección.

Encontramos á su marido que cerran-
do los puños y mirando al cielo, con la
desesperación viril del que, en aquel
momento, arrostraría mil muertes en la
lucha con la adversidad, dice:—¿Pero usted
comprende desgracia semejante?

Llegamos á la puerta. Allí estaba un
guarda á quien preguntamos si había visto
to un niño de tres años con tales y cua-
les señas de traje etc.

—¿Un niño chiquitito, así?—contesta
él poniendo la mano á la altura de me-
dia vara del suelo.

—¿Sí, sí, ese; ¿dónde está?

—Pues no lo he visto.

Vamos! Estuvo en poco que yo le
pegaría á aquel estúpido.

Fuera ya de los jardines, vemos á una
mujer del pueblo, como todas compasiva,
que atiende atenta á las preguntas que
le hacemos.

—¿Ay Dios mío, qué desgracia!—ex-
clama la buena mujer.—No he visto á
esa criatura; mas por aquí acaba de pa-
sar una familia de gitanos.

—¿Virgen santa de la Paloma!—grita
la niñera, que ya se nos había reunido.—
Los gitanos roban niños. ¿Por dónde han
ido esos?

—Hacia el camino de Ocaña.

Y toda aquella jente echa á correr
en la dirección indicada por la mujer.

Yo me quedé allí plantado porque me
parecía absurdo lo que estaba oyendo.

Seriamente preocupado por el dolor
de aquellos padres, entré de nuevo en
los jardines, recorriendo á largos pasos
un parterre con bajos setos, realmente
entristecido por incidente tan extraordinario.

Iba cabizbajo por aquel sitio pintor-
esco, cuando me parece ver un bulto
negro movible detrás del seto.

Me asomo, y figúrese quien quiera
mi sorpresa al ver al niño que buscaban,
trás una espesa mata de arrayanes, allí
escondido, sentado en el suelo y afanoso
en hacer y deshacer montoncitos de tierra,
placer supremo de los niños criados en
las grandes poblaciones.

Salto por encima del seto, me apo-
dero del niño y me lanzo á todo correr
en persecución de su familia.

El diablito aquel, que se ve tan brusca-
mente separado de su diversion, gritaba,
pateaba, hasta me daba puñadas y ha-
cía doblemente pesada una carga tan es-
traña á mis hábitos y costumbres. Le
acaricié apretándole más á mí y dicién-
dole *nene rorri*, y el angelito, sin duda
ya cansado, inclinó la cabecita sobre mi
hombro como si quedara dormido.

Yo, corre que corre, en dirección del
camino de Ocaña, sin cuidarme de que
me creyesen loco las jentes que me veían
así atravesar la gran plaza de Aranjuez.

Lo extraño era que yo estaba pocos
momentos antes muy débil por mi en-
fermedad y falta de nutrición, sin em-
bargo de lo cual sentía en mi un vigor
antes desconocido, corriendo á todo
correr con la preciosa carga.

Y así anduve unos veinte minutos,
hasta que ví á lo lejos la familia del
chiquitito. Grité; me oyeron y aun cono-
cieron, viniendo á toda prisa hacia mí,
menos la madre que sufría la pobre con-
gojas de muerte y ya no podía andar.

Quisieron el padre y la niñera ali-
viarme del peso del niño.

—No, no; á ella no mas lo entregare-
ré—dije, siguiendo la carrera, que ya era
cuesta arriba y penosa, defendiendo mi
tesoro.

Llego, al fin, junto á la madre.

—Ahí tiene V. su niño, señora—y se
lo puse en sus brazos.

Dios mío! que transportes de felici-
dad y de cariño los de aquella buena
señal! Todos se agrupaban á besar al
niño, como si hubieran pasado años sin
verle.

A cierta distancia, presenciaba yo aque-
lla escena, mas, sintiendo que mis ojos
se humedecían, me volví inmediatamente
á Aranjuez huyendo de banales mani-
festaciones de gratitud.

¡Cosas mas raras! Una hora después al-
morzaba con gran apetito, lo cual no ex-
perimentaba hacía seis meses, y al salir
para continuar mi viaje, los árboles me
parecían hermosos, la presencia de la ge-
nte no me molestaba y hasta me apresu-
raba á dar limosna á los pobres, de quie-
nes apartaba antes la vista con repugnan-
cia.

No parecía sino que se iba desprendi-
endo de mí, el ropaje de artificioso
convencionalismo que constituía mi modo
de ser anterior, y que yo renacia para la
vida de la naturaleza.

De entonces datan mi amor á los ni-
ños, mi salud y mi constante buen humor.

X

Manila, Mayo de 1886.

EL ARTICULO DE "BLAS"

Sé que me expongo.

Porque eso de batirse con el *Manila Alegre* equivale á habérselas con la pri-
mera colectividad literaria de estas archi-
famosas islas; esa colectividad de dorados
peces á cuyo lado somos sapos y ranas
cuantos tenemos la desdicha de no ser
otra cosa que simples aradores de pa-
pel—que diría Cañete—y de publicar
nuestras majaderías en otros periódicos
que no llegan ni á la cintura del festi-
vo semanario.

Pero yo, que no tengo miedo, ni me
preocupan nada esos arranques de genio
que tiene la citada revista, me voy á
permitir presentar á los numerosos lecto-
res de *La Océania* á cierto *escribidor*.

filósofo que me ha sido simpático por lo
muy de *pacotilla* que nos ha dado su
notable engendro intitulado: "Juramento
del *carahay*."

Así como á un buen ciudadano le sale,
lo mejor—sin haber motivos para ello—
na berruga en la mismapunta de la

punta de la nariz, del mismo modo le
salen al *Manila Alegre* abultadas ampollas
en mitad de la mitad de sus columnas.

Blas (sin acento, porque no hace
falta) se llama el nuevo *ca-bor(r)ador*
del festivo periódico; el *machacante*—que
diría Astoll—del "batallón artístico lite-
rario de la calle de Carriedo."

¡Vaya si sirve para *machacante*!
¡Como que habla del *carahay* y solo
nos dice *papasi*...

—Cuando yo tenía cinco ó seis años,
mi afición á las aleyas y coplas de
ciego era punto ménos que desmedida.

Y como Dios tuvo á bien conceder-
me una regular memoria, conservo aún,
en los últimos rincones de ella, ciertos
vagos recuerdos de cuantas tonterías,
siendo yo niño, leía con verdadera fruición
é inusitada frecuencia.

Todo esto viene á cuento para decir
que lo que Blas nos cuenta en su nota-
bilísimo "Juramento del *carahay*" es más
malo, mucho más remalo que aquellas
aleyas que yo, de pequeño,.... etc.

Ofrezco cincuenta pesos fuertes al pri-
mer hijo de vecino que deslie el ovillo
de insulseces titulado *El juramento* etc.

Blas tiene *babae*; cosa que á los lecto-
res importa muchísimo, pues así sabe-
mos que Blas es un segundo D. Juan.

Bueno; habla D. Blas.

..... "acaso afecto á la misma (la *ba-
bae* de Blas) hay siempre algo no tan
bonito, algo que pudiéramos suponer que
no lea tan bien"....

¿Tan bien como V., ó tan bien como
qué?

¿Cuidado si está podrido este parr-
lejo de D. Blas!

Pues, por contera, nos endilga una
monserga capaz de hacer llorar á un
pabo (con *be larga*, que así lo escribe
D. Blas.)

Convento con V., Sr. D. Blas, en
que una selva esté más ó ménos virgen;
pero eso de llamarla "magestuosa".... (se
escribe con *jota*, Sr. D. Blas.)

Guárdese V., por favor, ese epíteto,
que si bien es cierto nos dá á entender
"que tiene grandeza, magnificencia,"
etc., no pega ni con cola á ninguna selva.

La idea de magestad, encierra la de
cierta admiración, al par que respeto.—
Un título puede ser majestuoso; pero
no una selva.—El título nos infunde
respeto, la selva podrá infundirnos mie-
do, terror, espanto, etc.

Ahora bien; si por entre las enmara-
ñadas ramas asoma V. la cabeza, enton-
ces es ya otra cosa: tratándose de mí,
me descubriría, haría una genuflexión y
rendiría respetuoso culto á esa cabeza de
V., dentro de la cual bullen pensamien-
tos tan sublimes como los que matizan
su soberbio artículo.

Toda la sección X *elevada* á 2, es
una serie de hortalizas muy á propósito
para guisotes de *carahay*.

En su X *elevada* á 3, viene V. á
decirnos algo así como lo que nos dijo
ya en X *elevada* á 2; esto es: nada.

En la X siguiente, hay un principio
que merece un buen postre; y como yo,
aunque *rana*, tengo siempre un gran res-
pueste de frutas para corresponder á los
buenos amigos, voyle á proporcionar, se-
ñor D. Blas, el postre correspondiente.

"Con datos se resuelven los proble-
mas".... dice D. Blas.

¿Cuidado si peligraría aquella su ca-
beza al concebir tamaño pensamiento!

Señores, francamente; ¡cuidado si es
fenomenal el pensamiento!

"Con datos se resuelven los proble-
mas"....

¡Archi-admirabilísima *concepcion*, se-
ñor D. Blas!

Yo creía que para resolver un pro-
blema lo único que se necesitaba era sa-
berlo resolver; que por lo que respecto
á los datos... ¿dónde ha visto V. proble-
ma sin datos?

¿Qué es problema?

D. Blas: para resolver V. un proble-
ma, necesita V. pluma, papel... y saber
un poquito de aritmética de párvulos.

Y allá vá otro pensamiento.

"Con detalles adivinamos el conjunto,
y algo más."

Adivinar es.

De la última parte, ó sea la rotulada
X *elevada* á n-1, recorto este:

"Usted (se dirige al Sr. Martin Lunas)
que sabe hacer tantas cosas buenas, en-
carrilando hasta los de coleta, de todas
veras lo rogamos que persiga y suprima
esta costumbre añeja."

Entendámonos: ¿qué es lo que V. le
pide á D. Justo?

Don Justo, sin embargo de haber ex-
plicado una cátedra científica, no enten-
derá, como no entendié nada, nada ab-
solutamente de lo que V. dice en su no-
tabilísimo *Juramento* etc., sobre todo
aquello de:

(Pensad "en el infinito reverso de
toda disposición,

Para disposición infinita, la del nuevo
recluta del alegre regimiento.

Porque ¡cuidado si es literato el señor
Blas!

Tanto, que me inclino á creer que la
fábula, de Groizard, impresa á continuación
del notable *Juramento* etc., está inspira-
da en las cuartillas de la lucubración de
D. Blas—D. Blas, chóquela V. en V. tan
rana como su entusiasta admirador.

DESENGAÑOS.

Batangas, 21 de Mayo 1886.

Otro sí.—O el corrector de pruebas
es muy remalo, ó V. no tiene ortogra-
fia.—Vale.

J. L.

(De El Imparcial.)

10 de Abril.

Querida Emilia: ¡Lo que me ha hecho
reír tu cartal... Y me dices que estoy
enamorado... Si me parece una broma de
mal género. Pero, en fin, tal vez tengas
razón... ¡Yo enamorado!... Sería chistoso.
Hace días íbamos por la vertiente de
una montaña mi tío y yo, y de pronto
detuvo nuestro paseo un arroyo bastante
ancho, y profundo, cuyas aguas proceden
de la liquefacción de la nieve. Sobre el
arroyo han echado el tronco de un árbol
colosal, que sirve de puente á las pocas
personas que tienen que transitar por
aquellos solitarios parajes.

Mi tío, el gafa y yo nos detuvimos,
dudando si atravesar el caudaloso arroyo.

—Hace poco tiempo—dijo el guía—
ocurrió sobre este puente una dramática
escena que no se me olvidará mientras
viva... ¡Qué hombre aquel, señores y qué
valor el suyo!

Estas frases despertaron mi curiosidad
y le insté repetidas veces á que nos re-

firiere la dramática escena de que habla
sido testigo.

—Lo haré así—dijo, invitándonos á
descansar en un ribazo que allí se veía.

—Pocos días antes del suceso—co-
menzó diciendo—habíase presentado en
nuestra casa, como ustedes, un jóven,
que no traía mas propósito que el de
cazar y divertirse, y á quien dimos alo-
jamiento. Al día siguiente salí en su com-
pañía y recorrimos los alrededores sin
dar con caza digna de ser por nosotros
estimada, regresando á nuestro hogar
algun tiempo, y el huésped se disponía
á marcharse muy descontento del país
y de su caza, cuando el incidente de
que he hablado á Vds. hizo cambiar de
ideas al desconocido.

Salimos de mi choza al rayar el alba
y recorrimos los montes en todas direc-
ciones, haciendo gran acopio de caza me-
nor. Ya oscurecía, y tornábamos á nues-
tra casa. Yo me había adelantado basta-
te para pasar este puente, y le traspu-
se en un instante sin cuidarme de mi
compañero; pero cuando estuve aquí mis-
mo, donde ahora nos encontramos, oí un
grito, y al volver la cabeza quedé helado
de terror.

Mi compañero estaba en medio del
puente luchando con un oso de colosa-
les dimensiones, que le oprimía con sus
brazos y amenazaba ahogarle.

Yo me eché á temblar y quise dis-
parar mi escopeta, pero el temor de he-
rir al hombre y dejar ileso á la fiera me
contuvo.

Mi huésped luchaba con denuedo so-
bre el madero que parecía iba á hundirse
bajo los titánicos esfuerzos de los
combatientes. De pronto, ví al hombre
caer de rodillas y al oso echarse sobre
él y cubrirle con su cuerpo. Yo uní los
manos y empecé á rezar. La noche avan-
zaba y una débil claridad iluminaba aquella
escena de muerte. Cerré los ojos por no
verla, pero instintivamente volví á abri-
los con ansiedad, precisamente en el in-
stante que la blanca piel de la fiera se
tenía de manchas rojas, y aquella se
desplomaba rebotando en el tronco del
árbol para caer inerte en el agua.

El jóven combatiente se arrojó tras
ella y entre ambos la sacamos á la orilla
y la condujimos á nuestra vivienda.

—¿Y el jóven?—pregunté yo.

—Se marchó á los pocos días, deján-
donos la fiera y como recuerdo una ma-
letera y una camisa suya, que aun con-
serva mi mujer.

Excuso decirte, amiga mía, lo que el
relato del guía me impresionaría y el de-
seo que tendría de ver las prendas de-
jadas por el heroico cazador en recuerdo
de su excursión dramática.

Así fué que, en cuanto llegué á la
casa del guía, llamé aparte á su mujer y
la rogué me enseñara aquellos objetos.

La camisa es de hilo finísimo y tiene las
iniciales de J. L. ¿Quién será J. L.? Será
algún Julio ó Jorge. Porque no concibo
que un héroe pueda llamarse Juan, como
mi primo, ese muchacho tonto con quien
mi tío quiere casarme... ¿Qué te parece
la historia? Tuya, ADELA.

15 Noviembre.

Querida Emilia: Pues sí... ¿quieres...
A pesar de todo ya estoy casada con mi
primo Juan, y créeme que le detesto con
mis cinco sentidos. El recuerdo de aquel
J. L., del cazador aventurero, no se borra
con facilidad de mi memoria. Como oro
en paño conservo aun su maleta y la
camisa que compré á la mujer de nuestro
guía, y guardaré estos objetos hasta que
me muera. Estoy muy triste... Daria los
años que de vida me quedan por conocer
al cazador americano.—Tuya, ADELA.

28 Febrero.

Querida Emilia: Eres muy burlesca, y
tus sentimientos se sublevaron porque te
digo que amo al desconocido cazador y
no á mi marido, á quien compadece.

Pues cálmate y no temas nada, porque
á quien ahora quiero es á Juan, sí, á
Juan; ¿lo entiendes? á mi primo Juan, á
mi marido.

Te extrañará esta confesion. Pero
cuando lo sepas todo, nada te parecerá
más natural. Hallábase el otro día en
mi cuarto absorta ante la maleta y la
camisa de J. L., procurando descubrir por
cualquier circunstancia extraña el enigma
encerrado en esas dos letras, cuando oí
detrás de mí la voz de mi marido que decía:

—¿Qué haces ahí?

—Yo procuré ocultar con mi cuerpo aque-
llos objetos, pero él los vío, y cogiéndolos
estuvo contemplándolos largo rato.

—¿De dónde demonio te ha venido
á tí esto?—exclamó riéndose.

Y le conté la aventura.

—¿Y tú te habías enamorado del de
la maleta, no es eso?—añadió.

—Exactamente—dije sin reflexionar.

—Pues abrázame, querida Adela, por-
que el cazador soy yo.

—¿Tú?

—¿Yo, sí! ¿De qué te admiras?

Figúrate cual sería mi asombro al oír
esto, que después confirmé por diferen-
tes conductos.

Desde ese día soy feliz, y quiero á
mi marido. Te avisaré cuando vaya á tener
el primer hijo. Tuya, ADELA.

R. HERNANDEZ Y BERMUDEZ.

CRONICA PARIENSE

Se ha abierto en el boulevard Capu-
cines un Museo Japonés, que he visita-
do tres ó cuatro veces, porque, en hon-
or de la verdad, da perfecta idea de los
usos y costumbres del Japon.

Figuras de madera representan las
diferentes clases sociales. Escenas de la
vida de familia y de la calle, del comercio
y de la magistratura, trasportan al
visitante á Yeddo ó á Yokohama. Hay
una calle entera, con sus tiendas y sus
bazares... Se vive, en fin, durante una
hora en otro mundo diferente.

Y esta contemplación de otro país y
de otras costumbres, da lugar á reflexio-
nes muy curiosas.

Los japoneses, cuando están de luto,
se visten de blanco, al revés de nos-
otros, que vestimos de negro.

Sus bujías, completamente distintas de
las nuestras, son anchas por arriba y es-
trechas por abajo.

Entierran á sus muertos de opuesto
modo al que entre nosotros se usa. Nues-
tros cadáveres van á la tierra tendidos
con los pies, para adelante, como vul-
garmente se dice. El japonés dobla el
cadáver como si fuera un pliego de pa-
pel, pegándole las piernas al estómago y
en lugar de encerrarle en una caja estre-

cha y larga, lo encierra en un cajón es-
trecho y alto.

Así, por el estilo, podría referir al
lector cien diferentes cosas que dan que
pensar sobre lo relativo del gusto, de la
belleza, del bienestar. ¿Quién tiene ra-
zon? ¿Son más bonitas las japonesas que
nuestras sevillanas ó valencianas? Los
habitantes de Yeddo dirán que sí; los
andaluces se reirán de la comparación.
El ídolo de hierro ante el cual cuatro
músicos tocan instrumentos rarísimos, cu-
bierta la cabeza con un morrión extraña-
lario á nuestro juicio, recompensan me-
jor allá, en otro mundo desconocido, que
el Dios de los árabes, con su paraíso lle-
no de mujeres bonitas? ¿Es más elegán-
te el coche tirado por un japonés, que
la tartana valenciana tirada por un ca-
ballo? En uno de los bazares de este
Museo hay un hombre escribiendo. Nos
renglones se empiezan en el bajo del pa-
pel y se acaban arriba. Nosotros creemos
que es más lógico empezar por arriba y
escribir de izquierda á derecha. ¡Convenio,
pero convenio, en la vida!

—Oh, sí, me decía un marino fran-
cés que ha viajado mucho y contempla-
ba con esta curiosísima Exposición. Yo
me he batido con un amigo á quien que-
ría mucho, porque en una temporada que
pasó con nosotros en Marsella se atre-
vió á hacerle la corte á mi mujer. Le
pegué un balazo, de cuyas resultas está
manco. Y ocho meses después, allá, en
Africa, cerca de una factoría inglesa,
pasé dos días entre unos *salvajes* (así
se llaman en todos los tratados de geo-
grafía), y qué obsequio cree V. que nos
hicieron á mis compañeros y á mí, según
uso del país? Nos entregaron sus mujeres,
sus hermanas, sus criadas. ¡Ya ve V. Es
casi lo mismo que hacen los *soulenures*
del boulevard exterior con los transun-
tes, y sin embargo, aquí estamos civiliza-
dos y allí no.

¿Qué diferentes puntos de vista en lo
moral, en cada país! Otro de los grupos
del Museo en cuestión, representa el mo-
mento en que un señor japonés se abre
el vientre con un sable.

Al noble que comete un crimen se le
ordena suicidarse. Sin embargo, el ver-
dugo está detrás con otro sable levantado,
por si acaso el reo se resiste ó no se
atreve á rasgarse la barriga. Esta dife-
rencia de matar es curiosa. Entre nosotros,
al sublevado político se le fusila; al cri-
minal vulgar se le ahorca; al que mata
á disgustos á su mujer no se le hace nada.
En cambio acordamos honores régios á
los cantantes y ponemos en caricatura á
los reyes. Admiramos al que mata un toro
y no reconocemos igual mérito en el que
anda por la cuerda floja á cien metros
de altura.

La humanidad es una inmensa jaula
de locos. Si fuera posible exponer al lado
del Museo Japonés un museo ruso, otro
español, otro húngaro... se vería que lo
que nosotros encontramos bello les pa-
rece horrible á los chinos. Los árabes
distinguidos comen con los dedos, los
chinos con palitos, los europeos con un
tenedor de cuatro pías, nunca de tres ni
de cinco. Convenio, convenio, todo puro
convenio en la vida. Tan haré está de
sus cuatro mujeres el particular vecino
del Cairo, como el madrileño con la única
que le bastaba y aburre.

Por eso la única aspiración del hom-
bre, la constante, es la novedad. Ser otra
cosa, salir de su esfera, emprender otros
derroteros inventar nuevos placeres, ¡lo
nuevo! he aquí la gran bandera moderna.
Sobre que el mundo es un viejo vicioso
y harlo de todo.

EUSEBIO BLASCO.

LEYENDAS DE LOS IROQUESES

ORIGEN DEL GENERO HUMANO (I)

Al principio, una cantidad de agua
profunda cubría toda la tierra. El aire
estaba lleno de aves, y enormes monstruos
habitaban las aguas, cuando estos vieron
caer del cielo una mujer hermosísima.
Los grandes ánades se reunieron en con-
sejo y resolvieron volar al encuentro de
aquella maravillosa criatura para amorti-
gar la violencia de su caída. Los ánades
volaron y, formando una bandeja con sus
alas, recibieron la encantadora carga.

Entonces los monstruos acuáticos tu-
vieron consejo, para decidir quien reci-
biría la celeste criatura, y la garantizaría
de los terrores del abismo; pero ninguno
pareció propio para ello, á excepción de
una gigantesca tortuga que se ofreció á
soportar aquella hermosa carga. Fué pues
sobre la concha donde la colocaron con
cuidado, y la tortuga, no cesando de cre-
cer, formó una gran isla.

Después, la mujer dió á luz dos ge-
melos: el uno, el espíritu del bien, al cual
se debe el maíz, las frutas y el tabaco;
el otro, el espíritu del mal, que dió
nacimiento á las malas yerbas y la
miseria.

El mundo, sin embargo, no cesaba de
crecer, apesar de las frecuentes sacudidas
causadas por los esfuerzos musculares de
la tortuga para estirarse y estenderse.

Después de muchas épocas, Tarhu-
hia-wa-ku, el Apoyo del cielo, decidió la
creación de una raza que debía superar á
todas las otras en belleza, en fuerza y en
bravura; en consecuencia, del seno de la
gran isla, donde habían vivido hasta en-
tonces alimentándose de topos, sacó seis
parejas destinadas á formar el mayor de
todos los pueblos.

Los tucscaros dicen, que la primera pa-
reja fué dejada cerca de un gran río que
lleva en la actualidad el nombre de Mo-
havok. La segunda familia fué colocada
cerca de una gran roca; sus descendien-
tes se llaman Onoidas. La tercera ocupó
una montaña, alta bajo el nombre de
Onoudagas. Y así sucesivamente, cada
pareja recibió por dominio lo que hoy
forma el Estado de New-York, salvo los
tucscaros que remontaron el Reanoke, en
la Carolina del Norte, con Tarhu-
hia-wa-ku, el cual les enseñó las artes
útiles antes de su desaparición.

Esto es lo que explica, según ellos, la
superioridad de los tucscaros.

Pero cada una de las seis tribus rei-
vindicó el honor de haber sido favorecida
con la presencia del Apoyo del cielo,
mientras que los Onoudagas afirman que
la posesión del fuego y del consejo, prueba-
ban bien que ellos han sido el pueblo
elegido.

Mas tarde, cuando las numerosas fa-

(I) N. T. El iroques forma parte de una
nación salvaje de la América septentrional, com-
puesta de cinco ó seis tribus de hasta 14.000
hombres cada una, procedentes todas de las ri-
veras del lago Huron.

milias se dispersaron, hubo alguna cuyo
territorio ofrecía

AVISOS

MARTILLO DE Genato y Compañía. Autorizados debidamente y por cuenta de quien corresponda, venderemos en pública almoneda...

YANGTZE INSURANCE ASSOCIATION, LIMITED. (Compañía de Seguros Marítimos.) Esta Compañía reparte una bonificación de 10% a los contribuyentes durante el período de 1.º de Enero de 1885 al 31 de Diciembre del mismo año...

La VELOUTINE. Pelo de Arroz especial. PREPARADO AL HEMUTO. Por OH.º FAY, Perfumista. Paris, 8, rue de la Paix, 8, Paris.

MOMPO. El crédito que los vinos de la marca MOMPÓ han adquirido en Manila y provincias de este Archipiélago, hace que sean buscados y preferidos. El remitente tiene á empeño más que obtener crecido lucro, conservar su crédito, y este es hoy grande en Filipinas...

INSOMNIOS, DOLORES, AGITACIONES. JARABE de cloral de FOLLET. SIROP de cloral de FOLLET. El JARABE DE FOLLET es el calmante por excelencia que suprime el dolor y procura el sueño tranquilo y reparador.

LA AMPARO. Tejar establecido en San Pedro Macati. Gran existencia de artefactos de las clases y dimensiones siguientes: Ladillos sencillos, Id. dobles, Id. gruesos, Id. espigados, Id. id., Baldosas, Tejas, Canales maestras.

COMPRAS y VENTAS. Se venden muy baratos un carruaje, tres caballos de tiro, uno de montar, joven, de trote y bastante alzada, y uno chiquito para niño. En Paco calle de Santiago número 2 pueden verse hasta las diez por la mañana, y de una á cinco de la tarde.

LA CASTELLANA. ESCOLTA y SAN FERNANDO. Acaba despatchar de la Aduana los siguientes efectos que se recomiendan pos si solos. Espárragos americanos en latas. Tomates enteros en idem. Guisantes dulces. Habichuelas en vaina. Habichuelas con tocino y Maiz guisado, todo en latas. Exquisitas y frescas uvas en su jugo en latas se venden á 6 reales lata. Caviar de Rusia de la reciente cosecha, es de la mejor marca que ha vendido este almacén.

SASTRE SERRA. 21-ESCOLTA-21. A propósito para esta estación. Se han recibido tricots negros azules, piqué de dril puro para chalecos, última novedad.

COMPANIA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS. PROVEEDORA DE LA REAL CASA. Premiada con diploma de honor en las Exposiciones de Manila 1882, Amsterdam 1883 y Amberes 1885. PRECIOS CORRIENTES DE LA FABRICA "FLOR DE LA ISABELA" MANILA. Table with columns: VITOLAS, Especiales ó Cubanas, Menas Filipinas, Picadura, Cigarrillos.

BAZAR FILIPINO. Manila 1.º de Febrero de 1886.—El Administrador general. En latas de 4 to kilos. Método completo de salfes por L. Carpentier, libretos de óperas completas para piano solo por varios autores, acaban de recibir en la Librería de este periódico; se venden baratos.

Enfermedades de los Niños. JARABE de RABANO IODADO de GRIMAULT y C.ª, Farmacéuticos en Paris. Este Jarabe cuya constante eficacia ha provocado su admisión en la Farmacopea Francesa (Edición de 1884), disfruta de merecida reputación entre los médicos del mundo entero.

TRIDUO. En obsequio del castísimo Patriarca, Señor San José. Se vende en la Administración de este periódico, Real 30 Manila. Cuadros Filipinos por FRANCISCO DE P. ENTRELA. Se vende á 2 reales fuertes efemérides en esta Administración.

POSFATO DE HIERRO de LERAS. Farmacéutico, Doctor en Ciencias, Inspector de Academia. Esta solución, admitida por su eficacia, en la Farmacopea Francesa, (Edición de 1884), clara, límpida, análoga á un agua mineral ferruginosa concentrada es el único de los ferruginosos, que asemejándose á la composición del glóbullo sanguíneo, ofrece la inapreciable ventaja de obrar como reparador y reconstituyente de los huesos y de la sangre.

KANANGA DEL JAPON. RIGAUD y C.ª Perfumistas. PARIS — 8, Rue Vivienne, 8 — PARIS. El Agua de Kananga es la local más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente. Extracto de Kananga, suavísimo y variocático perfume para el pañuelo. Aceite de Kananga, leosura de la cabellera, que abriga, hace crecer y cuya caída previene. Jabon de Kananga, el más grato y untuoso, conserva el cutis húmedo y nacarado transparentemente. Polvos de Kananga, blanquean la tez con el elegante tono mate, preservándolo del soleo.

GRAN NOVEDAD. Colchon-muelle de tela metálica en espiral, más fresco, blando y cómodo que el bejuco. Se han recibido unos cuantos modelos de Inglaterra que se adaptan perfectamente á las camas construidas en el país. BAZAR DE EUROPA, Escolta 18.

MADERAS. de todas clases aserradas y en trozos se venden á precios bajos en la tablería de San Sebastian. MANUEL ROSADO. Jarabe de Vida de Reuter No. 2. Cura positiva y radical para toda forma de Escrófula, Sífilis, Ulceras Escrófulosas, Afeciones de la piel del cuero con pérdida del cabello, y para todas las enfermedades de la Sangre, el Hígado y los Riñones. Se garantiza que purifica y vitaliza la sangre y reconstruye y renueva el sistema entero.

BAZAR ORIENTAL. LETRAN N.º 3. INTRAMUROS. Por los últimos vapores. Vajillas completas de riquísima porcelana, única en Manila por su finura, dibujos y elegancia. Porcelana fina y ordinaria en vajillas, juegos de café y piezas sueltas.

En comision. Se venden victorias, perezoas, ducis y quiles. Informará en "La Americana" carrocería calle del Teatro (hoy Poblete) núm. 7, Binondo. Juan N. C. Reyes. Carruajes en venta. Una buena perezoza y una victoria. Dos carruajes pequeños para uno y dos caballitos chicos. Pueden verse calle de Solana número 18, donde informarán de sus precios.

En comision. Se vende una perezoza, una victoria y dos carruajes para niños, propios para uno y dos caballitos pequeños. F. Calero. Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas, (alias zotes) escrita por el licenciado D. Francisco L. de Salazar, edición enriquecida con curiosas notas, por un profesor de Teología, 5 tomos en 8.º.

BARCELÓ Y TORRES. Pronto recibirán de este rico OJEN sus importadores, J. M. TUASON y C.ª. EL ARNES. FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES de C. Jimeno. Ni es posible la competencia ni la falsificación. Para convencerse de ello, invítamos á todas las personas que tengan que comprar guarniciones, á que después de haber visto las de todas partes vean las del ARNES.

CON VERLO BASTA. 17-Carriedo-17. LIBROS. que se hallan de venta en la Administración de este periódico. Historia general de Inglaterra, desde los tiempos mas remotos, por el eminente historiador inglés David Hume, continuada hasta nuestros dias, por Smolett y otros célebres autores, ilustrada con láminas, 2 tomos en 4.º pasta. ... 4 75

EL SUIZO. GRAN-CONCIERTO. Todas las noches á las nueve.